

El hombre volvió á poco rato. Sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer.—Entierro de primera clase; ataud de zinc; seis caballos; lacayos empolvados... De estos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora, á acostarnos, que ya es tarde. Despertaremos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, vamos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto?—preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¡Qué mal olía!...

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, la atrajo hacia sí y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir, abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres, sobre el recuerdo de aquel cadáver que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno:

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

BUENOS CONSEJOS

Buenos consejos.

—Cree á tu madre, que tiene experiencia de la vida, que conoce el mundo y no ha de aconsejarte mal. Vosotras, las muchachas, os desvanecéis por cualquier cosa, por un bigote retorcido, por unos ojos negros, por una dentadura blanca ó por una levita de buen corte. Y eso, ¿qué es? Nada. Lo que debe buscar una mujer de juicio para casarse, no es un marido que le guste, sino un marido que le convenga. Don Pedro te conviene, hazle caso, y déjate de tonterías.

—Pero, mamá, si no le quiero; no le podré querer en mi vida. Quiero á otro, á Carlos, ya lo sabes.

—La canción de todas las jóvenes; conozeo muy pocas que no hayan dicho lo que tú en igualdad de circunstancias; después se han casado y son felices y están satisfechas de haber seguido los consejos de sus padres.

En semejante conversación andaban empeñadas doña Gertrudis y Julia, una madre y una hija, de cuarenta y cinco á cincuenta años la primera, de veinte la se-

gunda, avarienta de comodidades la una, de ideales placeres la otra, é iluminadas ambas por el resplandor de una chimenea sobre cuyos morrillos chisporroteaban dos troncos medio quemados, despidiendo fulgores rojizos, goteando chispas de luz que se desvanecían en el aire y coronándose de llamas inquietas que brotaban en movimiento rápido por entre las junturas de la leña y se dilataban un instante como si tratasen de huir por el respiradero del hogar y volvían luego al punto de partida, y se enroscaban á los troncos haciéndoles crujir con seco é intermitente estallido, desgastándolos y ennegreciéndolos para destruirlos, para carbonizarlos, para que convertidos en brasas, cayeran humeando en el suelo encenizado de la chimenea.

Era la madre lo que son todas ó casi todas las mujeres que se aproximan á la cincuentena; una señora pacífica, honesta, virtuosa, reflexiva y algo beata, porque la religión católica hace muchos prosélitos á esta edad; á falta de los goces terrenales, se buscan los celestes; cuando se le escapan los unos, echa el hombre mano de los otros; procedimiento muy parecido al de cierto caballero, ya anciano, el cual, habiendo sido gran comedor de carne en su juventud, alaba ahora con entusiasmo las sopas de ajo; y todo ¿por qué? porque no tiene dientes. Así es la moralidad de muchas personas que yo conozco.

No había, pues, que hablarle á aquella señora de

amor, de ilusiones, de esperanzas y de quimeras juveniles; estas palabras (sólo como palabras las admitía) eran, á su juicio, un conjunto de simplezas indignas de respeto é impropias de gente formal. Por tal motivo, aconsejaba á su hija que aceptara un matrimonio de conveniencia. Así es que al cabo de una pausa, durante la cual revolvió los leños cruzados sobre la chimenea, hizo un gesto oratorio, lleno de convicción y energía, y reanudó la plática en la siguiente forma:

—Mira, Julia, hija mía; D. Pedro te conviene, es rico, ocupa una posición envidiable, y posee la suficiente experiencia para ser un hombre de su casa y hacerte feliz. Carlos es un calaverilla, su porvenir anda muy inseguro, y su presente... Los presentes que pueda hacerte él con el suyo, los pago doble y no me cuestan arriba de doscientos reales... Es preciso pensar en lo futuro; mientras vivamos nosotros, tu padre y yo, no ha de faltarte nada; pero, ¿y luego? Fíjate bien. El amor pasa pronto; cuestión de unos meses; las que no pasan nunca son las otras necesidades de la vida, y á ellas hay que atender en primer término.

—Pero, madre, si yo amo á Carlos; si para mí no hay en el mundo felicidad posible sin él; es muy guapo, muy cariñoso; tiene un talento tan grande, un corazón tan noble... En cambio el otro es insoportable... ¡No puedo sufrirlo!...

—¿Por qué?

—¡Es muy feo!

—¿Y qué imaginas tú? ¿Que Carlos va á ser guapo toda su vida? Pues sábelo: á la vuelta de diez años estará lo mismo que don Pedro. Además, don Pedro no es repugnante ni mucho menos; un poco gordo está, pero eso no importa.

—Madre...

—¿Qué vas á decirme? ¿Que le faltan algunos dientes?... El día que te cases con él le haces comprarse una dentadura nueva, y hombre completo; sobre que las dentaduras postizas son más iguales y no crían sarro.

—¿Qué cosas dices, madre!... No es en el abdomen ni en la dentadura de ese hombre en lo que yo reparo; es todo él, entero y verdadero, lo que no me gusta. ¡Si fuese feo únicamente! Pero es zafio, tonto...

—¿Tonto un hombre que posee catorce millones! Tú sí que eres tonta.

—Bueno; seré lo que tú quieras, pero no le puedo aguantar, no le querré nunca. ¡Cómo pretendes que me una á un hombre á quien no quiero!... Amo á otro —ya lo he dicho,— y el amor no se arranca del alma tan fácilmente como supones tú.

—Déjate de amores y de ensueños ridiculos y reflexiona un poco. ¿Qué porvenir será el tuyo con Carlos?... Supongamos que te ama, y ya es suponer; el amor re-

presenta para los hombres un capricho; en cuanto lo satisfacen, buenas noches; pero, en fin, Carlos constituye una excepción y te ama.

Aun así y todo ¿es el amor el objeto único de la existencia? No; el objeto de la existencia consiste en disfrutar de ella honradamente, claro que honradamente, y no iba á decirte otra cosa. ¿De qué disfrutarás con Carlos? De un piso cuarto con entresuelo y sin alfombra; gracias á que podáis tener una estera de cordoncillo; de un mal cocido á diario y de un principio modesto los días que repiquen gordo. Pocos trajes, pocas diversiones y muchos hijos!... ¿Qué perspectiva tan deliciosa!... En cambio, ¿qué va á faltarte con don Pedro? Nada; ni siquiera cariño, porque él te quiere mucho.

Y lo demás... lo demás, ¡figúrate tú! Un hotel en la Castellana, un coche á la puerta, una mesa excelente, abono en el Real, donde le pidas; trajes magníficos, joyas de gran precio... cuanto puede apetecer una mujer á la moda; y eso serás tú, la reina de la belleza y del buen tono. ¿Qué necesitas para conseguirlo? Acostumbrarte á don Pedro; y te acostumbrarás y serás dichosa; á un hombre, sea cual fuere, se acostumbra una; ¡á lo que no se acostumbra nunca es á la miseria y á las privaciones!... Medítalo bien y cree á tu madre. ¡Quién más deseosa de tu ventura que ella!

En igual ó parecido estilo siguió discurrendo la

buena señora, valiéndose de su influencia sobre su hija para inculcar en su cerebro aquellas opiniones; y lo hacía de buena fe, inspirándose en las ideas *prácticas* que dominan á nuestra sociedad y que van á concluir por arrancar de ella cuanto en ella existe de noble y de honrado. No comprendía que con semejantes procedimientos, y al pretender extirpar del corazón de la muchacha honrados y puros afectos que, teniendo por base el desinterés, hacen al ser humano capaz de todos los sacrificios, de todos los heroísmos, de las grandezas todas, mataba la rectitud de su conciencia y las vibraciones generosas de su alma; no comprendía que induciéndola á sacrificar sus ilusiones por los placeres egoístas y vulgares de la existencia, prostituía á la joven, ni más ni menos que prostituye á una mozoela cándida una tercera experimentada; no comprendía tampoco que amonestar á una mujer enamorada de un hombre á casarse con otro, vale tanto como contribuir á su deshonra, porque el amor no se suprime como los empleados de real orden.

La madre de Julia ignoraba esto.

Siguió, pues, aconsejando á su hija, y terminó su conferencia con las siguientes palabras:

—Abandona á Carlos y cástate con don Pedro. El amor se olvida; yo te aseguro que olvidarás para siempre á ese mozo.

La muchacha bajó la cabeza; sonrióse la madre con

sonrisa de triunfo, y mientras ellas callaban, por entre los dos troncos abrasados y superpuestos que remedaban con sus tonos encendidos los labios brutales de una boca enorme desmesuradamente abierta, asomó una llama, una lengua de fuego, la lengua perteneciente á aquella boca desdentada y siniestra. Aquella lengua parecía burlarse de la madre y de la hija, que se contemplaban en silencio.

.....

 Julia se ha casado con don Pedro y es feliz, completamente feliz. Su madre tenía razón.

Por supuesto, que Carlos sigue siendo amigo íntimo de la casa.

EL ODIO

El odio.

I

Su nombre andaba de boca en boca, como la carne del jabalí en los dientes de la trahilla, destrozado, mordido, hecho tiras, chorreando sangre. Su primer triunfo fué la señal para emprender aquella batida cobarde, con la que se trataba de cortar el paso á una reputación naciente. Chasco se llevan los que calentando su espíritu y mortificando su cerebro con la esperanza del primer aplauso, imaginan que, una vez logrado éste, termina el *via-crucis* y pueden seguir su camino por sendas fáciles, por carriles seguros, que hacen el viaje cómodo y la llegada pronta. Más se estrecha el sendero cuanto más se adelanta; más áspero es el piso, más enmarañados y espinosos los zarzales que á uno y otro lado del sendero se elevan y hacia él se extienden y en su centro se unen; muralla movediza y punzante que hay que salvar á pecho descubierto, sin volver la cabeza, disimulando el dolor, gritan-

do hacia adentro, llorando hacia adentro también, con el pie firme, la frente alta y los ojos en el porvenir...

¡Qué remedio!... Algo ha de costar romper el dique de las vulgaridades consagradas, rebasar el nivel de las medianías, salirse de la recua... Mujer hermosa y hombre superior que no cuentan con la calumnia y con la envidia, no echan sus cuentas bien. Ocurre con esto lo que con el sarampión: hay que pasarlo.

Un hombre que tiene *cosas suyas* dentro del cráneo, que no se sujeta al patrón general, que ni se apaísa, ni se pliega a los usos, ideas y costumbres del «común» de las gentes, es un ejemplar raro, una sorpresa; un caso de asombro y de recelo para los que no le comprenden; un objeto de odio para los que, siendo capaces de comprenderle, son incapaces de llegar a su altura. Recelo justo, odio perfectamente lógico, después de todo. «Lo que piensas, lo que dices, lo que haces—gritan los ignorantes—es en contrario de aquello con que nosotros vivimos tan á gusto. ¿Por qué nos molestas con tus novedades?»—«¡Hola!—dicen las medianías inteligentes—este mozo viene á demostrar nuestra pequeñez, á quitarnos el puesto. De ninguna manera. Hay que acabar con él, antes de que él acabe con nosotros.»

Y véase cómo, sumándose á la ignorancia asustadiza de los unos, la malevolencia interesada de los otros, surgen obstáculos y prevenciones, y rencores, para

triunfar de los cuales hace falta ser algo muy parecido á lo que era Enrique, el protagonista de mi cuento; aquel muchacho inteligente, originalísimo y audaz, que produjo entre sus futuros compañeros el mismo efecto que produciría un cachorro de león arrojado de pronto en una asamblea de monos sabios.

¡Qué marejada se levantó contra sus ideas primero, contra su persona después!... ¡Qué gritería hubo en el *tribunal*, donde la crítica de bajo vuelo expende credenciales y títulos al correr de su pluma, que ojalá no corriera tanto, para bien del idioma y tranquilidad de la sintaxis!... ¡Cómo se trató de matarle con el silencio primero, y después, cuando se vió que el silencio era inútil, con la censura sistemática, con la injuria encubierta, con el invocar las *venerandas tradiciones* profanadas, los clásicos preceptos desatendidos, las buenas fuentes enlodadas por aquel perturbador insensato! ¡Qué de anatemas furibundos se lanzaron más adelante contra el pobre Enrique, en nombre de la moral, del recato artístico, de la honestidad literaria, del estilo casto, de la pudibundez estética, de los asuntos vedados, de los conceptos atrevidos, de todos esos *cocos* que, manejados hábilmente por una impotencia vanidosa que aborrece y repugna lo que ni puede realizar ni sabe sentir, trata de poner puertas al campo, de hacer el arte á la medida de su pequeñez, de convertirlo en un molde de flanes retóricos, de trocar la

que debe ser figura gigantesca, grandiosa, donde se cuenten los músculos y se sienta circular la sangre y vibrar los nervios y palpar la vida en un figurín de sastrería con cuerpo de madera é indumentaria de munición!...

De todas estas armas esgrimidas contra él, un día y otro día, se echó mano para dar en tierra con el talento y con las esperanzas de Enrique. Pero aun así y todo resultaba difícil empresa vencerle; alguno de sus aletazos eran tan formidables que atravesaban las nubes amontonadas sobre su nombre y lo lanzaban á la luz. En la bravura de aquellos aletazos el público adivinaba el águila.

«Lo que dice es extraño—llegaron á exclamar algunos—pero es grande.»—«No—repetían sus enemigos,—no hay tal grandeza; fijense ustedes bien; eso es el parto de un cerebro desequilibrado; el fruto monstruoso de una imaginación enferma; sólo á un loco puede ocurrírsele atrevimiento semejante.»—¡Loco?—repetían los otros.—¡Quién sabe!... En este hombre hay un luchador; algo donde palpitan á un tiempo la fiereza indomable del combatiente y la honradez de pensamiento del apóstol. Acaso no debamos creerle, pero tal vez debamos admirarle.»

¡Admirarle!... ¡Era lo que faltaba!... ¡Hasta ahí podían llegar las cosas!... ¡De ningún modo!... ¡No bastaba lo hecho?... Se haría más. Era preciso concluir

con él, fuese como fuese, apelando á todos los medios. Había que rematarlo y rematarlo pronto. ¿No era suficiente herir su fama de artista? Pues á herir su fama de hombre y á herirla en lo hondo, donde duele, donde juntamente con la sangre de la herida brota la protesta pública primero, el menosprecio después, el hundimiento total al cabo. Derribar lo que se pudiera, manchar de lodo lo que permaneciese en pie; he aquí el programa cumplido—digámoslo en elogio de sus formuladores—con rigurosa exactitud.

Mientras se atacaba, *coram pópulo*, la fama del artista, tratando de pulverizarla á mazazo limpio, creábasele por lo bajo, sin dar la cara, una reputación de perdido que no había más que pedir. ¿Cómo? Como tienen costumbre de hacerlo los prácticos de la calumnia: partiendo de un hecho insignificante, de esos que cualquiera realiza y que examinados con frialdad, significan poco y hallan excusa en todos los labios para tergiversarlo habilidosamente, presentarlo con los más negros y vergonzosos colores é irlo deslizando de oído en oído, hasta que el vulgo se apodere de él y lo comente á su capricho y lo convierta en eco escandaloso que destruye nombre, prestigio, honor, porvenir, todo.

¡Y qué hacedero es esto!... Lo que en el artista es desorden, motivado casi siempre por las preocupaciones de la obra en que tiene puestos sus sentidos todos, calificase de incorrección, de menosprecio al deber

social, de falta de juicio, de carencia absoluta de trato y de buenas costumbres; el arranque juvenil y espontáneo de una existencia pletórica de nerviosidades y de anhelos, de viciosa licencia; su franqueza se llama descaro; su altivez, orgullo; su recogimiento, pereza; el valor de sus actos y de sus convicciones, cinismo; la conciencia de su propio valer, vanidad satánica... Así se desfigura la imagen, así se presenta á los ojos del vulgo; y el vulgo la toma como se la dan, porque no tiene tiempo de estudiarla, ni obligación de hacerlo tampoco.

Esto fué lo que se hizo con Enrique; esta la faena implacable del odio contra aquel luchador tenaz. Se tiraba á eso; á que cayese y á que nadie tuviera lástima de él si caía.

II

Decir cuánto sufrió Enrique en aquella pelea larga, empeñada, implacable, es inútil. Los que le entendían, los que le apreciaban, los que le tendieron la mano—que también hay almas generosas en el mundo del arte, como hay espíritus independientes en el mundo real—saben todas las amarguras, todos los dolores, los desengaños todos devorados á solas por aquel hombre que tuvo la desgracia de no ser una de tantas medianías como andan por ahí repletas de satisfacciones

y laureles; porque las medianías vencen pronto y el genio tarde; la cosa se explica: es más fácil levantar un guardacantón que una pirámide.

Momentos hubo en aquel largo período de tiempo, durante los cuales Enrique, contemplando lejano el triunfo, inseguro el éxito y prevenida la derrota, se sintió desfallecer y formó propósito de darse por vencido, de renunciar á sus esperanzas, de rehuir al combate y hundirse en la sombra... Pero tales pensamientos duraban poco en él. ¿Rendirse!... ¿Para qué? ¿para dar esta satisfacción á sus enemigos? ¿para hacer buenas todas sus profecías y negaciones? ¿para que se cerniesen alegremente sobre sus restos y gritasen á voz en cuello: «¡Lo ven ustedes!...» ¿Nos equivocáremos?... Ahí está ese que presumió de atleta, de grande hombre, convertido en nada; en una imagen irrisoria, en una nulidad despreciable...?

—¡No, no dirían eso; no les daría ese placer! Aunque sólo fuese por ellos lucharía, lucharía siempre, sin descanso, sin tregua. Los odios amontonados contra él convertíanse en acicate, le espoleaban en el alma. ¡Nada de rendirse! ¡A combatir, á combatir y á triunfar, costárale lo que costara, aunque le costase la vida; aunque sólo tuviera tiempo para clavar su bandera, arriba en lo más alto, y envolver con ella su cadáver!...

Y llegó... llegó... ¿Cómo? Habiendo gustado cincuen-

ta años de existencia en los veinte que duró la lucha, desangrándose por cien heridas, con la cara llena de arrugas y el alma de desengaños. Pero, en fin, llegó...

.....
Al día siguiente de su triunfo, almorzaba Enrique con siete individuos. Aquellos siete individuos eran sus enemigos más crueles, los que, por los mayores medios de publicidad que tuvieron á su alcance y por su mayor número de relaciones sociales, le habían hecho más daño en su fama de artista y de hombre; los mantenedores constantes de la lucha; los fervorosos guardadores del odio que contra él se había desatado.

La invitación partió de Enrique; fué recibida con asombro; los tales sujetos no se daban cuenta del agasajo, y sin darse cuenta de él estuvieron hasta que su anfitrión, llenando una copa de *champagne* y levantándose de su asiento, les dijo:

—He querido obsequiar á los que me han ayudado á conseguir el triunfo. Mil veces creí caer y el odio de ustedes me sostuvo.

Y mientras sus comensales le contemplaban con asombro, añadió:

—¡Bendito sea el odio que me ha hecho vencer! Muchas gracias, señores.

EL AMANECER EN MADRID

El amanecer en Madrid.

Pocos habitantes de Madrid han examinado lo que significa en ella el amanecer. Los individuos que circulan á tales horas por las calles de la gran población, no poseen tiempo hábil ni inteligencia clara para realizarlo. Embrutecidos unos por el alcohol, que sube desde su estómago hasta su cerebro, para fermentar en vapores que sacuden los nervios con el ansia de todas las impurezas y de todos los vicios; enervada, casi desaparecida la inteligencia de los otros, que acuden al trabajo con la pasividad inconsciente de la bestia de carga, apenas si allá, en algún sitio, entre las vidrieras de un balcón entreabierto, se descubre la silueta de un pensador que, asomando su cabeza pálida y febril por el hueco que dejan libre los cristales, fija sus ojos en el lucero de la mañana, que se desvanece en el horizonte, mientras en el fondo de la habitación, sobre la mesa de despacho, chisporrotea al extinguirse la luz de la lámpara que ha presidido los esfuerzos titánicos hechos en obsequio de la ciencia, del arte, de la

humanidad, por aquel hombre tembloroso y rendido.

Y, sin embargo, el amanecer en Madrid es uno de los espectáculos más grandes que pueden ofrecerse á las meditaciones del hombre. No hay en él, como en las auroras campestres, gorjeos de pájaros, murmurios de arroyos, estremecimientos de hojas, perfumes desprendidos de las plantas, cuchicheos amorosos del aire y gotas de rocío que palpitan y se estremecen como lágrimas de ventura y de amor sobre la aterciopelada superficie de las flores; no existe el idilio alegre de la Naturaleza que despierta risueña y alborozada á los primeros besos del sol, pero existen las palpitations siniestras de una humanidad luchadora que se dibuja entre las tintas grises del crepúsculo.

¿Habéis visto el primer desperezo de una mujer que se despierta? Por hermosa, por inteligente que sea, resulta en aquellos instantes antiestética, estúpida: sus ojos, guiñados á causa de la viva impresión que en ellos produce la luz, miran sin ver; sobre sus pestañas, que acaso constituyen el delirio amoroso de un hombre elegante, se enroscan legañas amarillas, capaces de robar la ilusión á cualquiera; el rostro, donde la sangre llega perezosa y dormida, ostenta una palidez mate, cuando no lo salpican manchas violáceas, que el baño restaura y el afeitado disimula; sus dientes, comparados por su blancura al nácar, aparecen entonces enmohecidos por el vaho sucio que se desprende de la respiración;

sus miembros se estiran con movimientos torpes y brutales; bostezo enorme abre su boca de par en par: la mujer hermosa sólo es una masa grosera hasta que el primer chispazo de su inteligencia, pasando por sus indecisas pupilas, le devuelve el movimiento y la expresión.

Algo muy parecido á esto ocurre con el amanecer en la corte. Madrid es, á esta hora, una figura colosal que se despereza.

Fijáos bien en ella, y veréis, á la melancólica luz de la mañana, cómo ofrece, entre bostezos gigantes, lo más repugnante y lo más horrible que en ella se esconde; desde la miseria que oculta de día sus andrajos entre la multitud bien trajeada que la escarnece, hasta el vicio que se oculta también, más que por pudor, por cansancio ó por hipocresía.

Del quicio de un portal que la noche velaba á los ojos del transeunte, brota una imagen andrajosa, vestida de remiendos, con las manos amoratadas y sucias, el rostro ennegrecido y los cabellos en desorden; es un mendigo que tiene por lecho una piedra y por fortuna su descaro; por la esquina de una calleja miserable se pierden dos chicuelos, macho y hembra, sin casa, sin hogar, desarrapados, insolentes, carne para la mancebía y para el presidio, que mientras les llega el momento de cubrir los puestos que les ha señalado el destino, aprenden á morir de hambre; del fondo os-

curo de una taberna que permanece cerrada de noche para la autoridad y abierta para la embriaguez, sale el ladrón borracho, mientras sale del elegante *restaurant* el alcoholizado señorito, llevando del brazo á su querida, que ríe como una loca y borbotea palabras útiles á los oficios de un carretero, cosa que no le impide mirar con dignidad despreciativa á las mercenarias del arroyo que se alejan más que de prisa en busca de sus infames tabucos, á fin de esconder á la luz del día el basto colorete que remeda sonrojos en las sombras nocturnas y solo es al amanecer una pasta resquebrajada y asquerosa, inhábil hasta para producir solicitudes livianas en los mozos de cuerda.

Hé aquí los trágicos perfiles que se distinguen entre los temblorosos fulgores del crepúsculo, fulgores que cuando los vendedores de café recorren las calles y los comerciantes de churros plantan sus tiendas en las aceras, y los serenos apagan sus faroles y los carros de limpieza golpetean el empedrado con rudo y extridente chirrido, aparecen á los ojos del pensador como repugnantes legañas y manchas asquerosas y palideces enfermizas y llagas siniestras de la gran ciudad que se despereza y abre los ojos.

Luego, cuando los gobernantes despiertan y los filósofos de similor se lavan la cara y los chicos del Ate-
neo toman modestamente un chocolate sazonado con citas eruditas, Madrid es otra cosa. Como el baño y la

ducha restauran el cuerpo humano, las mangas de riego empujan al fondo de sus guaridas á la multitud de seres horribles que se descubren al amanecer, y sólo quedan los obreros que van al trabajo; las criadas que acuden á la plaza con la mano en la cesta y el pensamiento en la sisa; los estudiantes que se encaminan á las aulas; las enamoradas parejas que marchan con rumbo al Retiro; los empleados que se dirigen á las oficinas; lo que representa vida, inteligencia, trabajo.

Madrid se ha puesto el traje de mañana. La señora ya puede recibir.

Pero no hay que verla así, que es como la ven, por regla general, gobernantes y pensadores *reputados*; no hay que verla tampoco á la caída de la tarde, cuando inunda calles y paseos vestida de lujo, ni á los comienzos de la noche; entonces es una ciudad elegante que ríe y se divierte y goza; no para comprender las miserias que en ella se esconden; los vicios que en ella se ocultan; los males que hay que corregir; las injusticias que hay que remediar y las desventuras que hay que proteger, es necesario verla como yo la he visto muchas veces.

En camisa.